

Nada, nada de aquello le era extraño: aquellas armonías las había vivido él — había reído tanto y tanto había llorado! — Aquellos regocijos habían sido suyos, y suyos también habían sido aquellos lamentos. ¡Cómo sabía el violín relatar la historia de su corta, de su fatigosa existencia! Recordó a Coralía, ausente desde el último octubre; recordó las risueñas tardes, dulces tardes perdidas acaso para siempre, en que, cogidos de la mano, iban juntos a la montaña; allá en lo umbrío, pasaban horas y horas al atisbo del trinar de los jilgueros, junto a un manantial que surgía de una comba del bosque. Después, ah! su hermanita había muerto, en un anochecer huracán, horrible. Cuánto había llorado su madre aquella noche; lloraba y llamaba a la muerta: «Coralía! Coralía! a qué dejarnos?» Lloraba estrechándole a él con toda fuerza, haciéndole llorar aún más... aun más...

De pronto, entre la parvada de armonías, asomó una nota sorda, sombría. Fué una congoja siniestra, desesperante como ninguna otra: un gemido, el mismo, el último exhalado por su hermanita al morir.

Aquella viva impresión conmovió de tal modo al pobre arrapiezo, que del rosal de su sentimiento brotaron con extraña fuerza florescencias de dolor.

En el momento en que el pequeño levantaba la manga de la blusa para enjugar en ella los torrentes de emoción, una mano torpe le asía bruscamente por el brazo, obligándole a bajar. El policial le miró salvaje y le indicó el camino con el bastón.

El limpiabotas quedó atónito, comprendió el peligro y dejó medroso la ventana. «Ah, murmuró, no sabía yo que fuera prohibido sentir...»

Una rosa y un beso

A Marta Zeledón Venegas

También los niños van al hospital. Ellos tampoco están libres de ser arrastrados por el dolor. Ni ellos!

Sus pobres cuerpecitos, tumbados en las hileras de pequeños catres, hacen la impresión de un puñado de pájaros sin alas, con los miembros vendados, privados del canto y muy tristes. De cuando en cuando abren los ojos desmesuradamente, unos ojos cargados de angustia, como diciendo: ya esto es demasiado, ¿por qué delito se nos condena a sufrir tanto?

Es la condición humana, —yo hubiera querido decirles.— Si el libro en que vuestra existencia va leyendo no queda cerrado de esta vez, si la vida os reserva nuevas congojas aun, cuando seáis hombres podréis encontrar dos respuestas a la cuestión que ahora parpadea en el fondo de ese quebranto que os doblega y os consume: si cerrando los ojos a la razón incorporáis vuestra individualidad en el manso rebaño que marcha extraviado por los laberintos del absurdo, os darán a entender que una divinidad omnipotente y justa y buena es la causa del quebranto que os consume y os doblega. Pero si libres del yugo que el dogma impone al pensamiento, y erguidos sobre la cum-

bre del raciocinio formuláis la interrogación, el por qué del dolor en los niños sólo será para vosotros una injusticia inexplicable. Y diréis conmigo: no, no debieran sufrir esos inocentes.

* * *

Los enfermitos del hospital son todos niños pobres. Pobres y enfermos, ¡vaya una suerte!

Sin embargo, en esta Nochebuena que pasó, algunos han tenido su poquito de fiesta con motivo de los presentes que les trajo *el Niño*. Ese niño Dios que a veces se muestra tan cruel.

A la pobre *Nina*, la huérfana que ocupa el número 10 de la segunda hilera, no le tocó nada en el reparto de juguetes. Salió lo que ella presumía, igual que el año pasado, y que el de más antes, y que el otro.

Y eso no fuera nada, la noche que pasó la infeliz. Al amanecer del veinticinco sentía como si tuviera un garfio candente clavado dentro del pecho, y en los accesos de todo lo que sentía dentro era ya un incendio; como a las siete se sintió mejor, pudiendo incorporarse un tanto. Con esa indiferencia en que se resuelve la resignación habitual,